

REFUTACION

QUE HACEN

CIENT MIL RESTAURADORES

AL MANIFIESTO

PUBLICADO POR DON ANDRES SANTA CRUZ

En Quito, el 24 de mayo de 1843.

Le premier soin de ceux qui trament quelque noirceur est de se mettre à couvert des preuves juridiques.

ROUSSEAU.—*Confesiones.*

El primer cuidado de los que traman cualquiera maldad, es ponerse á cubiertob de las pruebas jurídicas.



IMPRENTA DE BEECHE Y COMPAÑIA.

Le premier soin de ceux qui trament quelque noirceur est de se mettre à cou-vert des preuves juridiques.

ROUSSEAU.—*Confesiones.*

El primer cuidado de los que traman cualquiera maldad, es ponerse á cubierto de las pruebas jurídicas.

Hasta aquí Santa Cruz habia guardado esa afectada moderacion que corresponde tan bien á una espectable desgracia, contestando á los justos y reiterados clamores que no cesáran de levantar los paises que rijió durante la época funesta de su aborrecida dominacion, y todo el continente sud-americano que conturbó con sus intrigas é inquietud. No era en verdad, jenial y característica esa templanza, ni ménos procedia del sentimiento de dignidad que sostiene los grandes ànimos en lucha con los reve- ses de la fortuna. No. Hábil y astuto para disfrazarse con todas las exterioridades que requería su nueva posi- cion, vió que para parodiar los grandes personajes que se habian encontrado en iguales circunstancias, le era preciso aparentar esa calma y serenidad, que tan bien sientan á los que descansan en la conciencia de su mérito y virtudes, aunque destrozado interiormente su corazon por las mas voraces y vehementes pasiones.

Así se nos presenta en el gran manifiesto que publicó el año de 1841, sin embargo que este documento singular es la mas curiosa combinacion

de cuanto puede sujerir la pérvida astucia y el fraude, en concierto con la mas torpe y descarada impudencia. En èl se mira con asombro y escàndalo, al mismo tiempo, que lo que dos naciones reputáran por actos del mas consumado despotismo y arbitrariedad, porque sobre ellas habian gravitado sus deplorables efectos, presentarse como rasgos de una sublime, benèfica y liberal politica. Allí se ve á un soldado ambicioso á quien en hora aciaga otorgára su patria una noble y jenerosa confianza, prevaleirse de la misma para usurparle su nacionalidad, lanzarse á aventuras ruinosas, prodigando sus caudales y sangre para promover planes de engrandècimiento personal, por medio de la vasta conflagracion de las rejiones sud americanas; à un hijo espurio de la revolucion, á la que debiera el haberse elevado desde el polvo de su humilde cuna y orijen, desconocer su gran pensamiento civilizador y contrariarlo con audacia, pretendiendo suplantarlo con la conquista y dominacion militar; solicitar consecutivamente el disfraz grosero de este conjunto de grandes crímenes, y aun ofrecerlo como un título espléndido á la gratitud de los mismos paises que fueron víctimas de su ambicion y sufrieron tan prolongadas calamidades. Allí se encuentra.... ¿pero qué no se encuentra allí? La opinion de la república arjentina, de Chile, de Bolivia, del Perú, del mismo Ecuador, en donde Santa Cruz halló tantas simpatias, no en el pueblo, sino en su gobernante inquieto è inmoral, dictò con anticipacion sus severos fallos sobre el contenido de aquel manifiesto, y de cuanto quisieré publicar D. Andres Santa Cruz, esferzándose n èciamente en

terjiversar hechos notorios; no en el sentido que muy graciosamente se atribuye éste, sino perpetuando y renovando su justa y merecida proscripcion.

Cualquiera que de buena fè hubiese prestado asenso á ese artificioso tejido de embustes, habria persuadido que el hombre célebre que con tan admirable moderacion rechazaba las pretendidas calumnias de sus enemigos; que rendia tan respetuoso homenaje á los principios de una alta civilizacion, y aparecia penetrado del mas vivo interes por la ventura de las rejiones que un dia logrà dominar; sino contribuia con todos sus esfuerzos á restablecer en ellas el órden y tranquilidad, tan profundamente alteradas ántes, como uno de los mas vitales elementos de su reorganizacion política, no procurar á impedir la, ni ménos turbarla, poniendo en accion los numerosos resortes de que aun podia disponer al efecto. Tan juiciosa línea de conducta, sino hubiera extinguido del todo los rastros de su odioso seacorio, habria amortiguado los enconos que produjeron; habria conseguido el silencio, sino el olvido de las muchas víctimas que sacrificó á su ambicion; y quizá, pasado algun tiempo, hubiera vuelto á la escena pública por un rasgo de la jenerosa induljencia de su patria. Pero no: aun ántes de combinar este célebre manifiesto, en los momentos mismos de forjarlo y despues, montaba cuidadosamente y con la mas ardiente eficacia, esa màquina de conspiraciones, intrigas y tramas abominables con que debia incesantemente introducir el incendio, la desolacion y ruina en el Perú y Bolivia, y en cuantas partes alcanzasen sus destructores

tiros. El mismo manifiesto era talvez uno de los mas peligrosos, impregnado del mas sutil y activo veneno que se insinuaba en el ánimo de los incautos, al mismo tiempo que disipaba el desaliento en que yacian sus antiguos cómplices y partidarios.

Desde entònces ¿en qué intriga, en qué trama, de las innumerables que instantáneamente se descubrian en Bolivia y el Perú, dejó de aparecer la misteriosa y aleve mano de Santa Cruz? Hablamos de sucesos notorios, aun no olvidados, y á la faz de dos naciones que los conocieron perfectamente y no pudieron engañarse. Si este hombre con una diabólica hipocresía se disfrazaba, vistiendo el manto de una fastuosa dignidad y finjida moderacion, los escritores que prostituyeran su pluma al oro corruptor del déspota *destronado*, descendian á la arena de las facciones, y con papeles incendiarios procuraban soplar el fuego de la discordia en aquellos paises. A favor de este insidioso y detestable manejo, es que llegó á formarse en ellos una permanente conspiracion, cual nunca se hubiera experimentado, que en constante accion contra sus gobiernos, produjo aquel desórden que es siempre precursor de todos los trastornos políticos. No se puede negar á Santa Cruz una consumada habilidad en todas las prácticas que constituyen un insigne conspirador; y el jénio del mal parecia haberle inspirado esa espantosa fecundidad de recursos que ponía en juego para concitar la ruina y devastacion.

Próxima á reventar la mina que debía cubrir de sangrientos escombros la vasta superficie del Perú y

Bolivia, se vió lo que ántes no se hubiera visto en el continente americano, que una persona sin investidura alguna pública armase una expedicion de piratas, y la dirijiese contra una nacion, como la cruzada que á las órdenes de Angulo vino á ocupar las playas de Talara. Nadie dudó entónces ni se ha dudado despues, que Santa Cruz fué quien enganchó y aprestó aquella horda de forajidos y la dirijió contra el territorio del Perú; sin embargo de este hecho público è incontestable, y por un exceso de impudencia de que hay pocos ejemplos, entónces mismo hacia circular su gran manifiesto, cuyo tenor era una directa censura de tan insolente conducta.

Sucedé consecutivamense el motin militar de Cochabamba, que por un extraño concurso de circunstancias llegó á extender su desastrosa influencia en toda la nacion; y prosiguiendo Santa Cruz ese mismo sistema de duplicidad, falsia è impostura escribia desde Quito una carta al Jeneral Velasco, dándole consejos conducentes á la mejor administracion del Estado, precisamente en el instante en que, juzgando que ya debia estallar la revolucion que de antemano habia preparado contra él, lo iba á hacer desaparecer de la escena pública, quizá envuelto en una lastimosa catástrofe. No era esto solo; aquel profundo maquiavelista hacia extensivo este mismo plan de decepcion y perfidia á los ilusos que se constituyeran los campeones de su quimérica soberanía. Verificada la rebelion, ellos fiaban el buen èxito final de la empresa á la presencia de su caudillo que debia venir á dirijirla, á cuyo efecto lo interpelaron fuertemente; pero èl, ofreciendo hacerlo oportunamente diferia

el viaje á propósito, porque bien advertia los formidables elementos con que aquellos tenian que luchar, esperando que los vencieran y le allanasen todas las dificultades, para llegar despues á recojer tranquila y pacíficamente el fruto de ajenos riesgos.

Hay en la conducta de Santa Cruz en esta época, tan crítica para su ambicion, tanto de innoble, vil y miserable; y se pone tan en transparencia el personaje, desnudo de todas las calidades aun de las vulgares de un jefe de partido, que es sorprendente que un tal hombre haya tenido el descaro de querer continuar ocupando un puesto de que lo hacian indigno su cobardía, su perfidia indisimulable y cuantas circunstancias patentizáran á todo el mundo que no era mas que un bajo intrigante, que sacrificaba cuanto aprecian los hombres á su sórdido y atroz egoismo.

Uno de los rasgos mas característicos de la profunda inmoralidad política que ha distinguido constantemente al partido de Santa Cruz desde que se presentó en escena, es sin duda el que un hombre que no presenta otro programa que su interes personal; que acababa de traicionar tan claramente las esperanzas de sus prosélitos por actos inequívocos de pusilanimidad y maquiavelismo, hubiese podido conservarlos aun, y tenido bastante influencia para exigirles nuevos sacrificios. Esto da la exacta medida de esa falta de probidad y conciencia política de que adolecen las facciones que entretienen el incesante vértigo que aqueja á las secciones hispano-americanas; y que es tan descósolante á los

que sienten un verdadero interes por la consolidacion de sus gobiernos é instituciones.

Sucumbió la pretendida *rejenneracion*, porque no podia prevalecer tan absurda combinacion política, erijida sobre la ruina de todas nuestras leyes, de todos los principios y aun del sentido comun; promovida y apoyada únicamente por la fuerza material, que se arrogò con una insolencia de que aun no se habia dado el escándalo, el derecho de representar la soberanía nacional, no sin haber ensayado los últimos extremos à que conduce el feroz despecho y la mas criminal osadía, puestas en práctica en medio del luto jeneral, conster-nacion y espanto de todo el pueblo boliviano. Sus declarados enemigos se manifestaron en completa evidencia; y si hubiera sido ménos magnánimo, jeneroso y civilizado, pudieron ser inmolados á impulso de un justo furor que ciegamente provocaron; pero apareció en el seno de la patria el invocado en sus desgracias, el ciudadano ilustre á cuyo jenio y virtudes se fiaba la restauracion de todos los bienes que hundiera en el abismo la delincuente cabala de Santa Cruz. El habia sido señaladamente proscripto por esta faccion implacable, que no dejó resorte por mover para cerrarle para siempre las puertas de Bolivia; sin embargo, superior á los estímulos de la venganza, poseido únicamente de las inspiraciones del mas sublime, puro y noble paatriotismo, sus primeros pasos fueron consagrados á una eficaz mediacion entre vencedores y vencidos; sus primeros acentos, los de conciliacion, entre los que recientemente fueran verdugos y victimas.

Ocurre entônces la necesidad de la defensa nacional: llama à todos los bolivianos al honor de cumplir este deber sagrado; y despues de la victoria, distribuye las recompensas y galardones de la munificencia de la patria, con la misma imparcialidad y sin distinguir los antecedentes políticos de los que la habian servido en sus conflictos.—Y este fué el constante carácter é incesante anhelo de la administracion del Jeneral BALLIVIAN, siguiendo al traves de los mayores obstàculos, de fuertes resistencias, y aun de gravísimas consideraciones de seguridad propia y de la estabilidad del nuevo órden político, tan noble propósito. En vano el partido nacional que fuera el que en la grave crisis pasada lo habia apellidado, arrostrando el furor y feroz encono de sus enemigos, manifestaba sin embozo la incurable contumacia de estos, y los inminentes riesgos que acompañaban à los jenerosos designios del gobierno: en vano se le advertia que esa máquina de conspiraciones, tan diestramente construida por Santa Cruz desde años anteriores, estaba aun en actual ejercicio, y que la astuta direccion de este célebre tramoyista no habia de faltarle; esta serie de austeras representaciones conincidia perfectamente con otros muchos avisos que de varios puntos del exterior se remitian à la república; el gobierno empero, haciéndose superior á todos los temores y peligros, no desistia de llevar adelante el plan patriótico que constituía el eje de su politica—la absoluta reconciliacion de todos los partidos, tal que hasta se extinguiese su ominoso recuerdo.

No parecia que de parte de Santa Cruz se opu-

sieran obstáculos al desarrollo de tan nobles miras, á lo ménos al principio, pues sus satélites no solo no fueron perseguidos, sino que eran considerados, y algunos de ellos ocupaban puestos de confianza en la administracion. Los miembros de su familia, existentes en la república, eran respetados; y él podria vanagloriarse de que sus enemigos políticos en Bolivia no ejercerian una absoluta y exclusiva influencia en la direccion de los negocios públicos, mientras que habia desaparecido en la memorable jornada de Ingavi, como una víctima expiatoria, su mas antiguo y formidable rival en el Perú. Así se creia y vino á robustecer esta idea el contenido de la carta autógrafa dirigida por Santa Cruz al Jeneral Ballivian desde Quito, en la que felicitándolo por la victoria de las armas bolivianas, expresa los mejores votos por la paz, tranquilidad interior y prosperidad de la patria; sin embargo que, en este mismo documento se trasluce la falsía habitual, la alevosa perfidia y vil astucia de su autor; pues en él derrama las mas malignas y diestras sujestiones contra los mas ilustres patriotas con el objeto de resucitar desconfianzas, y que el gobierno se separase ó enajenase de su natural y mas sólido apoyo.—Al darse esta carta á luz pública, el Jeneral Ballivian por un rasgo de nobleza que le es característica, tuvo la discrecion de suprimir todo lo odioso de su contenido, muy distante entònces de creer que Santa Cruz pudiese algun dia formarle un cargo de su supresion.

Casi al mismo tiempo que circulaba esta carta en el público algunos gaceteros de Guayaquil, órganos léjítimos y reconocidos de Santa Cruz, prosiguiendo con

tenacidad y constancia ese sistema de artificiosa duplicidad que le ha caracterizado siempre, y que nos hemos propuesto demostrar, zaherian acordemente al Jeneral Ballivian por el acto de justicia y política transcendental que en los momentos mas críticos de la invasion enemiga, ejecutó conforme á las leyes, en la persona de Goizueta.

Por tan rastrosos medios es que volvia à plantificarse y organizarse en la república igual conspiracion á la que en los años de 1840 y 41 se formò con tan rara habilidad; pero si ahora disimulaba mas sus tenebrosas maniobras con la máscara de un zelo ardiente y exagerado á favor del gobierno, tambien acreció en muchos grados su osadia. Los partidarios de Santa Cruz, poseidos de un mismo espíritu de engaño y fraude, y de esa infernal astucia que distingue en tan eminente escala al primer intrigante del mundo de Colon, dedicaron los mas eficaces empeños en presentar á los restauradores como enemigos del Jeneral Ballivian y de su administracion; prometiéndose con el éxito de este infame manejo, dos objetos cuya consecucion superaba todos los obstáculos que pudiesen embarazar el definitivo cumplimiento de sus miras. El primero era, enajenarle el apoyo del partido nacional, y esto se conseguia inspirándole recelos sobre sus verdaderas intenciones. El segundo, consecuencia directa del antecedente, obligar al gobierno á que busque su sosten entre aquellos: lo que les facilitaba un seguro médio de derrocarlo cuando creyesen oportuna y favorable la ocasion.

Combinado y aprobado este misterioso plan se em-

pezó á obrar con arreglo á él con sagacidad singular y con un acuerdo tan simultáneo, maduro y diestro, que sorprende por su unanimidad. Vimos entonces con el mayor asombro, presentados ante la opinion pública como enemigos del gobierno á los primeros ciudadanos que tantas pruebas le dieron de su adhesion, en circunstancias graves, en que hubo grande riesgo en manifestarla. Vimos ejercerse esta misma persecucion en todas partes, aún en los mas remotos cantones de la república, en que algun partidario de Santa Cruz hubiese obtenido la confianza de la administracion. De ese mismo plan salieron esas repetidas denuncias de conspiracion en favor del Jeneral Velasco, que en períodos señalados se hacian; esas vociferaciones tumultuarias que figuraban para confirmarlas; y esa serie de oscuras intrigas con que constantemente asediaban á la autoridad para sorprenderla y extraviarla. Y tanto hicieron los dignos satélites de tal caudillo, que llegaron á introducir la desconfianza entre los restauradores, fascinando á algunos de estos hasta el grado que, sin advertirlo, prestaban connivencia á estas maquinaciones abominables.

Se sentia en el pais una sorda agitacion, que el partido nacional, conducido por ese moral instinto de conservacion que pocas veces engaña, atribuía á su lejitima causa; pero que sus enemigos amaestrados en las artes de la mas profunda corrupcion, achacaban á los que próximamente debian ser víctimas de estas viles maniobras. Creyendo el gobierno que estas inculpaciones recíprocas procedian de aquel sentimiento de animosidad, tan frecuente entre partidos contrarios que se asechan y observan

cautelosamente, se hacia superior á ellas, y todo su conato era calmar las pasiones y desvanecer los mutuos recelos. A favor de esta tolerancia, los conspiradores avanzaban, y ya iba à estallar la revolucion que debia cubrir de luto y sangre el suelo boliviano; y el gobierno, reposando en la conciencia de su jenerosa política, en la justicia de sus procedimientos y en los espléndidos servicios con que acababa de asegurar irrevocablemente los destinos de la patria, no sospechaba aún, que cupiese en el ánimo de ningun boliviano el proyecto atroz de destruirlo violentamente; y mucho ménos, que el grande hombre que excitaba la admiracion de todo el continente americano por la bizarría heròica con que habia defendido la independencia nacional, y por la sublime moderacion que habia ostentado en la victoria, fuera inmolado de un modo tan barbaro, como cruel. ¿Y por quiénes? Por aquellos mismos que sustrajera al furor popular, despues de vencidos: por aquellos cuyas cabezas arrebató del cadalso, suspendiendo los golpes de la inexorable espada de la ley: por aquellos á quienes colmò de confianza y consideraciones; por aquellos, en fin, en cuyo obsequio sacrificàra su popularidad. Este es sin duda uno de los mas particulares rasgos de iniquidad política que hayan ofrecido las facciones en la deplorable historia de sus crímenes y extravios, y señala bien la espantosa inmoralidad del malvado cuyo nombre servirà de eterno baldon á Bolivia, que fué su cuna, y á Sud—América que lo consintió.

La Providencia que vela sobre el destino de las naciones, dispuso se descubriera ese intrincado laberinto de maldades à cual mas estupendas, por uno de aquellos

extraños resortes, superiores á nuestros débiles alcances, de que se vale muchas veces para salvarlas. Algunos agentes subalternos que debian concurrir á la ejecucion de este famoso atentado, vinieron á revelar a Bolivia, sorprendida y consternada, los impuros elementos que fermentaban en su seno. A esta infausta noticia, correspondió un grito de horror y noble indignacion, lanzado simultáneamente de todos los ángulos de la república, que pedia imperiosamente el ejemplar castigo, y aun el total exterminio de los delinquentes.

Descubiertos todos los hilos de esta horrible trama; cumplidos todos los anuncios que de varias partes del exterior se dirijian al gobierno, señalándola; *convictos y confesos* sus inmediatos autores; una masa de luz, capaz de alumbrar á los mas ciegos, vino á poner en evidencia los manejos siniestros del insigne malhechor, que desde Guayaquil hacia cuatro años estuviera promoviendo incessantemente el incendio y desolacion de una gran parte del continente sud-americano, por el uso de todas las prácticas de la mas asquerosa corrupcion, de la mas abyecta inmoralidad y de la impudencia mas cínica y descarada. Hasta aquí se habia cubierto con la máscara de la mas vil supercheria, y estuviera en posesion de llevar la conflagracion á todas partes, excitar las mas odiosas pasiones y ocultar cuidadosamente la traidora mano, motriz única y principal de estos males; empero ahora, corrése el débil y trasparente velo que la disfrazára, y aparece ante la opinion del mundo civilizado, que va á pronunciar su fallo, Santa Cruz en la vergonzosa desnudez de sus pasiones, procurando con su horrible vehemencia y

espantosa enerjía, destruir y aniquilar los infortunados países que ántes conmovió y conturbò, porque se sustrajeron á su despotismo.

Sorprendido *in fraganti* en medio de sus execrables maniobras; herido vivamente con el justo castigo de sus cómplices, y mucho mas, con el descubrimiento de los misteriosos y ocultos resortes que hasta aqui hiciera jugar con tanto éxito; despéchase el tirano y lánzase á la arena, no ya vestido con el ropaje de la moderación, y de esa mentida dignidad cuyo exterior afectàra al concertar sus embustes y paliar sus enormes crímenes, sino poseido de la cólera y dominado de sus mas furibundos y extraños parosismos. No se acuerda ya, que aunque inmerecidamente, el oscuro indijena de Huarina, el cobarde oficial español, el jeneral deshonorado, habia en fin, ascendido al puesto de supremo magistrado de una nacion, para que se respetàra mas y no descendiera á la clase baja y miserable de un infame libelista, que en los raptos de su furor parece inspirado por los excesos de la intemperancia. Debia contenerlo el justo respeto que se merece el alto personaje contra quien dirige sus bajos, rastroros y ponzoñosos tiros, por su elevado rango de jefe de su patria, por la admiracion que ha excitado en Sud-América el esclarecido defensor de la independenciam de aquella, y por otros muchos títulos á cuales mayores que colocan su ilustre nombre en una esfera, á la que no alcanza la calumnia y los manejos oscuros de los asesinos, incendiarios è infames malhechores.

Mas, ya que nada ha servido de freno para contener el ímpetu ciego y delirante del dèspota, burlado

con el trastorno imprevisto de sus planes, emprenderémós la tarea, enojosa ciertamente, aunque fácil y sencilla, de refutar sus viles calumnias, sus descarados embustes y torpes invectivas; rectificando los hechos á que alude, y presentando otros, que si conserva aun algun resto de pudor lo cubrirán de confusion y oprobio. Levantamos el guante que él insolentemente ha arrojado; y aceptamos el combate á que nos provoca, haciéndole saber que está á nuestra disposicion un arsenal completo de armas, que esgrimirémós vigorosamente hasta que no quede en Sud-América un solo hombre, por desconocido que sea, que no escuche con horror, indignacion y asco el siniestro nombre de Santa Cruz.

Empieza su manifiesto asegurando: “que por la fuerza de la opinion, el pueblo boliviano y el ejército ejecutaron espontáneamente la revolucion de junio de 1841, proclamando la constitucion de 1834 y al gobierno no que la regia ántes de la funesta restauracion.” Aunque se ha hablado tanto y demostrado con la irresistible elocuencia de los hechos, de qué naturaleza fué el motin militar de Cochahamba, y por qué causas llegó á influir en toda la república; explicarémós unas y otras brevemente, para contestar y desvanecer el impudente aserto de Santa Cruz. Goitia, edecan del Jeneral Velasco, habia seducido los oficiales de una ò dos compañías del batallon 5.º de cazadores, estacionado allí: con esta fuerza lo comprimió, arrestó á este Jeneral, é hizo prisioneros á los principales miembros del gobierno, apoderándose tambien por sorpresa de algunos escuadrones que ocupaban el mismo acantonamiento. Hay que notarse el he

cho auténtico que al día siguiente de la revolución, todo el batallón 5.º quiso proclamar al Jeneral Ballivian, de cuyo respetable nombre en todo el ejército, se valieran los conspiradores para arrastrar aquella fuerza á la rebelion, y que à mérito de esto, tuvo Goitia que destruir y mudar algunos jefes y oficiales, tanto de este batallón como de la restante tropa.

Hemos dicho àntes, que desde principios del año 40 estaba organizada una permanente conspiracion en toda la república, dirigida por Santa Cruz desde Guayaquil, y hábilmente manejada por sus agentes subalternos existentes en ella. El gobierno de aquella época habia descubierto y desbaratado muchas de sus incesantes tramas; pero, por falta de enerjía y vigor, por otras causas ò por todas juntas, fatalmente combinadas, se cortaban algunas cabezas de la hidra conspiradora, y renacian y se multiplicaban otras. Asi es que, cuando Goitia asaltó al gobierno y lo destruyó con el golpe de mano del 10 de junio, todos los conspiradores estaban en pié, avisados y listos para obrar, y lo hicieron con una simultaneidad y destreza tal, que con el pronunciamiento de la division acantonada en Cochabamba, impusieron á las otras del ejército, haciéndole entender que todos los pueblos cooperaban à la rebelion; y à estos se les sorprendió con la del ejército. He ahí por que medios una faccion mínima é insignificante del pueblo boliviano vino momentáneamente á enseñorearse de todo él.

Santa Cruz no tenia otros partidarios en las tropas bolivianas, sino algunos oficiales á quienes corrompiera ofreciéndoles rápidos ascensos en su carrera; porque

no podia tener influencia entre valientes, el cobarde que en Yungay habia desamparado vilmente à sus compañeros de armas, que disputaban aun el campo con valor y bizarría, mientras que su Jeneral volaba léjos de él en alas del miedo y pánico terror. La nacion habia dado evidentes y repetidas pruebas del disfavor y aun odio con que miràra al infame traficante de su independencia; y en esta crisis, tanto el ejército, como la mayoría inmensa del pueblo boliviano, demostraron con su conducta la comun execracion de que era objeto. Casi todos los pueblos de la repùblica protestaron á mano armada contra Santa Cruz, sellando con su sangre su noble insurreccion; y la jeneral reaccion de las tropas contra los caudillos que por algunos momentos las sedujeran y fascinaran, no dejó duda alguna de que participaban en alto grado del sentimiento nacional.

Sigue diciendo Santa Cruz en su libelo: "que por los esfuerzos combinados de la traicion y de la perfidia sucumbió la *regeneracion* ántes que el pudiese acudir al llamamiento de sus compatriotas." Los esfuerzos combinados de la traicion vil y pérfida, fueron los que produjeron el audaz atropellamiento de todas nuestras instituciones, y del órden público conculcado por un puñado de malvados, que en su descarrío pretendieron levantar la soberanía de un dèspota cobarde, avaro y manchado con todos los crímenes, sobre la ruina de la soberanía nacional. ¿Qué títulos podia presentar Santa Cruz para exigir desde el Ecuador la fidelidad de los bolivianos? El habia sido en efecto su mandatario; y habia dejado de serlo por la inequívoca expresion de la voluntad jene-

ral, manifestada y confirmada del modo mas auténtico y solemne que se conoce: él habia hecho una pública abdicacion del mando, cinco meses ántes que espirase el período legal en que terminaba; y despues de esto ¿por qué otros derechos reclamaba su obediencia y sumision? Los que le corresponden de sangre no pueden extenderse mas léjos que al pequenísimó recinto que ocupan las jentes de su casta en Huarina, pero al pueblo boliviano—no.

Y ¿por que no acudió al llamamiento de los Agreda y Goitia asi que le iustruyeron del buen éxito que habia tenido su criminal empresa? Si Santa Cruz juzgaba que los pueblos y el ejército de Bolivia lo invocaban para que viniera á ponerse á su cabeza ¿por qué no voló à verificarlo? ¿què obstáculos embarazaron por mas de cuatro meses al ambicioso que ardia por volver à asir la presa que se escapara de sus garras, objeto tan anhelado de sus fervientes ansias? ¿qué no podria vencer *la auri sacra fames* que constantemente lo devoró, y que ha sido la sórdida pasion á que éste hombre funesto sacrificó especialmente los destinos de su patria, la quietud del Perú y la tranquilidad de la mayor parte de Sud América?

Pero para felicidad de este continente, hay otra pasion en el ànimo de Santa Cruz que domina las demas—el miedo. Conoció los formidables elementos contra que tenian que luchar sus pocos partidarios; y quiso que éstos incautos corrieran todos los riesgos de la lid, y si vencian, venir él á ceñirse los laureles del triunfo, sin haberlo merecido de otro modo, que ardiendo á lo lejos

y sin peligro personal las tramas que ellos ejecutaban. Con este rasgo de conducta innoble y miserable, cometió la doble traicion de sumir de nuevo á su patria en el abismo de las convulsiones civiles, y de burlar las esperanzas de su partido, que solo esperaba todo éxito de la presencia y direccion de su corifeo.

Dice Santa Cruz: "que el Jeneral Ballivian asociado á Gamarra, dispuso la invasion à Bolivia, pero que despues, asustado de su crimen en vista de la ènergica resolucion de los bolivianos de defender su independenciam, se vió forzado á abandonar los nefandos compromisos que ántes contrajera." Hay en todo este periodo y en otros consecutivos del manifiesto de Santa Cruz tan artificiosa y astuta confusion de los hechos, que es preciso colocarlos en su lugar para destruir victoriosamente las calumniosas acriminaciones que deduce de ese arbitrario trastorno de los sucesos. Desde los primeros instantes que Agreda, Goitia y sus satélites levantaron su ominiosa cabeza en la República, sus primeras atenciones fueron, proscribir con el mayor encarnizamiento al Jeneral Ballivian; á quien, no solo cerraron las puertas de su patria, sino que trataron de inmolrar por cuantos medios les sujirió su ferocidad y encono. No le quedó, pues, otro recurso que continuar su residencia en el Perú, en donde tiempos ántes estuviera aislado. En estas circunstancias penetraron hasta èl los ardientes votos del pueblo oprimido de su patria, en lucha actual con sus opresores, que clamaba para que lo salvára. Fué entónces que los nobles potosinos levanta-

taron los primeros el grito de libertad el 12 de julio, que cundió con rapidez eléctrica en esta capital y en todo el territorio del sud, en donde fuè espontánea y unánimemente proclamado aquel ilustre personaje como Presidente de la república; pero, no podia venir á obedecer el voto nacional, porque sus enemigos obstruían las fronteras del norte. En este estado, el gobierno del Perú, justamente alarmado con el ascendiente adquirido por Santa Cruz en Bolivia, que amagaba su independencia y quietud, debió tomar una actitud defensiva, y reunió tropas en su frontera. La causa de las dos naciones, era idéntica en aquellas circunstancias; pues, se trataba de su mutua defensa contra un enemigo comun: pudo y debió el Jeneral Ballivian aceptar los auxilios del gobierno peruano para restablecer en su país las leyes y el orden, contrabados por una faccion parricida, cuya dominacion prolongaba indebidamente los males de la patria y comprometia la paz con las demas repúblicas.

Era este el aspecto de las cosas, cuando los pueblos de Bolivia, segundados por todo el ejército, y no sin hacer esfuerzos dignos de su patriotismo, derrotaron, vencieron y destruyeron á los satélites de Santa Cruz; creciendo á los protervos caudillos que promovieran esa serie de calamidades en que habian sido envueltos, como víctimas expiatorias de sus grandes atentados. Toda la nacion por un voto unísono, cuya espontaneidad consignada en los mas solemnes actos populares, excluye toda duda, volvió á ratificar la eleccion del Jeneral Ballivian, sin que pudiera apercibirse en esto la menor influen-



cia estraña; mucho menos, la del Jeneral Gamarra, como falsamente lo asienta Santa Cruz.

Franqueadas las puertas de la patria, volvió á su seno el elegido para curar las hondas heridas que le habia hecho de nuevo el contumaz autor de todas sus desgracias. Crease en aquel dia de júbilo y esperanzas que todo estuviera remediado: pero repentinamente se vió un enemigo aleve, en el mismo que poco ántes se consideraba amigo—El Jeneral Gamarra invadió á Bolivia sin motivo ni pretesto plausible, y solamente conducido por la idea de que nuestra debilidad, procedente del choque de pasiones intestinas que habia excitado la temeraria empresa de Santa Cruz, le facilitaría sojuzgarla.—En vano el gobierno de la república dirijió á aquel Jeneral cuantas representaciones podian retraerle de un proyecto tan notoriamente injusto, como capaz de encender por siempre la tea de la discordia entre los dos paises; nada fué bastante para contener al invasor, que cada dia avanzaba mas, y manifestaba mas en claro sus intenciones. Despues de agotados todos los recursos de la negociacion, fué preciso usar del extremo remedio de las armas; y el juicio de Dios dictó su tremendo fallo en los campos de Ingavi, en que fueron sepultados en la misma tumba del Jeneral Gamarra todos los planes que se formaran contra la independendencia nacional.

Esta es la relacion autèntica de los sucesos que precedieron y siguieron la invasion enemiga. No fueron los hechos disfrazados entónces, pues acontecieron á la vez de dos naciones, y sirvieron de testo á una polémica, en que ni siquiera se hizo mencion por parte de

quienes debía hacerse, de esos *nefandos compromisos*, que calumniosamente enrostra Santa Cruz al Jeneral Ballivian en su manifiesto, ni menos de esa mentida candidatura que supone. Este Jeneral era el verdadero candidato de la nacion, proclamado mucho tiempo ántes y cuando estuviera muy distante de su seno, en medio de los esbirros de aquel tirano, y consagrada su solemne invocacion con la sangre de los patriotas con que ellos salpicaron las calles de esta capital, Cochabamba y otras partes.

Mas, en donde pone en juego Santa Cruz toda la destreza y artificio de sus frases, es cuando con su insignificante algaravía, y poseido de la envidia mas ruin y baja, pretende néciamente empañar el brillo de la inmortal gloria de que se cubrió el Jeneral Ballivian en la memorable campaña de Ingavi. Mencionando esta parte tan interesante de los sucesos de la època, dice: “el pueblo en masa dejò à un lado sus querellas intestinas y reconciliándose todos los partidos, reunieron todos sus esfuerzos contra el enemigo comun.” Sin duda que el pueblo boliviano tuvo una gran parte en el éxito feliz de esta célebre campaña, prestándose con el mas noble entusiasmo á todos los sacrificios que demandaba la defensa de la patria. Sin duda que el ejército adquirió los mas brillantes titulos á la gratitud nacional, por su bizarro denuedo é impertérrito coraje; pero ¿quién fué el que casi por majia hizo que el pueblo en masa dejase á un lado sus querellas intestinas, reconciliase todos los partidos y reuniese todos sus esfuerzos contra el enemigo

comun? Debía ser un genio que se elevase mas allá de la esfera de la *mediocridad*, el que, deponiendo todo sentimiento personal, ofreciera á Bolivia el ejemplo de sublime abnegacion, dando el primero el òsculo fraternal á sus obstinados y recientes proscriptores; el que, reconciliase las víctimas con los verdugos, cuyo acero destilaba sangre de las que inmolaran á su feroz despecho; el que, en breves instantes y á la vista del enemigo, inspiró el sentimiento de union á los que pocos momentos ántes esgrimieran unos contra otros las armas con furor; el que, desplegando las mas altas combinaciones políticas, administrativas y militares, pudo improvisar un gobierno fuerte y vigoroso, que con su ascendiente, hizo nacer recursos donde no se advertian poco ántes sino las tristes reliquias de la mas pródiga y escandalosa dilapidacion; el que, formò de bandas indisciplinadas un ejército, supo inspirarle en pocos instantes su misma bravura y aliento, y condujo tres mil soldados al combate contra un enemigo aguerrido, numeroso, lleno de orgullo y lo arrolló, batió y destruyó. ; ESTE ERA EL JENERAL BALLIVIAN!!! 

Y no hubiera sido ciertamente ese genio, ni pudo soñar, aun en los delirios de la mas estravagante fantasia jamas serlo, el soldado cobarde, que en la campaña de 1823 perdió un ejército de seis mil hombres sin aventurar el combate, en fuerza de su pusilánime imbecilidad é impericia; el que desertò miserablemente de las filas de su ejército en Yungay, durante la batalla, abandonando al oprobio, ignominia y muerte á sus esforzados compañeros; el que aun en posesion de recursos

inmensos, traicionò las esperanzas de sus partidarios y amigos, haciendo dejacion de su poder en Arequipa el año de 1839, sobrecojido súbitamente de un femeníl terror pánico.

Manifestando el insensato propòsito de ofuscar la gloria que por tantos títulos adquirió el Jeneral Ballivian en las campañas de 1841 y 42, coronadas con los tratados de paz de Puno, que tan vivo realce dieran à las excelsas calidades que mostrò en ellas; nada extraño era que Santa Cruz tratase de desfigurar la política noble y jenerosa que abrazò el gobierno de la república para cimentar el órden interior sobre bases firmes, estables y dignas de la civilizacion del siglo. Es constante á todos los bolivianos y à los extranjeros imparciales que nos observan, que el pensamiento dominante de la administracion del Jeneral Ballivian desde el principio de su marcha, fué la fusion de todos los partidos, su mas franca y sincera reconciliacion. Como un efecto de este juicioso plan fué, que conservò cuidadosamente en muchos de los empleos públicos á las personas que fueron investidas con ellos por los satélites de Santa Cruz en los dias de la titulada *rejeneracion*; que confiriò otros aun de la primera categoría á hombres indiciados de ser sus partidarios; y que estableciò una perfecta igualdad para repartir los favores del gobierno entre todos los colores políticos sin acepcion especial de alguno de ellos.

Quizá esta mira lo llevó mas léjos de donde debia, pues siendo la oligarquia *santacruzista* mas audaz, exigente è indómita que el partido nacional, obtemperó acaso en demasia à sus demandas; y parecia en algunas

circunstancias inclinarse la balanza á favor de ella, lo que naturalmente amortiguó el entusiasmo del otro y disminuyó la popularidad de que disfrutaba la administracion. Aun á expensas de este elemento, tan esencial para que el gobierno obre los efectos de su institucion, no desistió de la firme consecuencia en su proyecto favorito, que es y será el eje de su politica.

Santa Cruz, sin embargo, no se satisfacía ni podía satisfacerse con tales actos de justicia é imparcialidad; lo que él queria que se estableciera en la república y que denomina con el singular dictado de *òrden legal*, era el absoluto y exclusivo ascendiente de sus secuaces, para valerse de él con tendencia á los proyectos que ya entónces formaba y desenvolvió despues. Porque no se realizó esto, es que con descaro sin igual, asegura: “que la conquista proyectada por Gamarra fué reemplazada por el mas duro despotismo.” ¿Dónde estuvo ese despotismo, malvado, que ni nosotros, ni vuestros mas obstinados cómplices lo sintieron, ni el último de los bolivianos? ¿qué hechos lo caracterizan? ¿cuáles fueron sus víctimas? ¡Admira ciertamente y no se puede à sangre fria y sin profunda irritacion rechazar tan torpes y groseras calumnias!

Consecuente á este intento de hacinar inculpaciones desnudas de todo fundamento racional, Santa Cruz acrimina al gobierno del Jeneral Ballivian lo mismo que él hizo y practicó en Bolivia desde el año de 1829 hasta el de 31, en que llamado por el congreso con expresa condicion de sujetarse á la constitucion y leyes preexistentes, segun la sancion de 12 de agosto de 1828, tuvo la au-

dacia de echar abajo esa constitucion y esas leyes, por el decreto de 16 de julio de 1829, expedido en la Paz. Lo singular que hubo fué, que paso tan atentatorio é insólito se dió despues que èl mismo reconoció la constitucion, segun se ve en el considerando del decreto fecha 24 de mayo del mismo año. Santa Cruz, sí, trastornó toda la lejislacion y la redujo á un intrincado laberinto, dictando un tomo entero de leyes, que es el segundo de la coleccion oficial.—El Jeneral Ballivian al contrario, fué investido por la confianza del pueblo boliviano con la suma del poder público, como consta de las actas populares del mes de setiembre de 1841, en qué espontáneamente todos los pueblos le confirieron las mas extensas facultades; muy especialmente, las de suspender el ejercicio de la constitucion, y de convocar una convencion nacional que declare cual de las leyes fundamentales, si la del año de 1834 ò la del 39 debian rejir en la república; sancionar, si lo creia conveniente, otra nueva. Sin embargo de tan ámplia autorizacion, dejó el gobierno subsistentes todas las leyes dictadas hasta el aciago 10 de junio, como consta del decreto fecha 27 de setiembre de 1841. No es, pues, el Jeneral Ballivian quien se arrogó la dictadura en la república, sin tener lejítima mision al efecto. ¿Y qué uso hizo de tan grandes facultades?: dígalo Bolivia. Especifique Santa Cruz los abusos, que inculpa de un modo vago y jeneral, y se verá que ningun gobierno tuvo tantas atribuciones ni las ejerció con mas moderacion y sobriedad.

Llegando ya Santa Cruz á hablar de la conspiracion descubierta en febrero del presente año, le da por

causa el descontento jeneral, que gratuitamente supone en la nacion, producido segun se expresa, “por los abusos de un poder ilegal en su orijen, despòtico y monstruoso en su ejercicio”. En la relacion de los hechos que hemos descrito antecedentemente, se ha demostrado el orijen de la autoridad que inviste el Jeneral Ballivian. Si la legalidad quiere encontrarla Santa Cruz en el voto de la mayoría inmensa del pueblo boliviano, no hay la menor duda que es legal, puesto que esta por solemnes y repetidos actos, aclamó á aquel de la manera ménos equívoca y espontánea. Si pretende encontrarla en otra parte, no disputarémos, porque disconvenimos en los principios que pueden servir de punto de partida en la discusion. Pero, suponiendo por un momento que la conducta del actual gobierno de la república fuera despòtica y monstruosa, como lo afirma el manifiesto; y que ella hubiera excitado en el mas alto grado el disgusto público, el efecto natural de semejante estado de cosas habria sido, que personas de todos los partidos hubiesen entrado en la conspiracion; pues, pesando sobre todos los males del despotismo, nada mas sencillo que una coalicion de esfuerzos comunes para derribarlo. Rejístrese el proceso que ha visto la luz pública, en que està consignada toda aquella horrible trama, y se verá que no aparece complicado ningun *restaurador*; y que todos los conspiradores son, incluso los deudos de Santa Cruz, sus antiguos agentes, muy conocidos y puestos en perfecta transparencia en todas las convulsiones anteriores, promovidas por este. De lo que se deduce, que no un sentimiento nacional, efecto de la opresion que jamas existió

en los actos del gobierno, sino el mezquino interes de una cabala, que cuatro años hà está dando las mas convincentes pruebas de su inconcebible corrupcion, de su rastrera astucia y de la mas consumada protervia, fué el que determinó el espantoso proyecto que debia de nuevo sumirnos en calamidades iguales, sino mayores, á las que trajo sobre nosotros el año de 1841. Déjese Santa Cruz de ofrecer otras causas á los constantes trastornos que han perturbado á Bolivia de aquel tiempo à esta parte. El solo, asalariando todos los crímenes, excitando todas las ambiciones, y mostrando el premio para todos los delitos, es el único autor, como se comprueba evidentemente por todo el contenido del proceso seguido á los conspiradores de febrero, y la notoriedad pública que se tiene de sus tramas en todo el litoral del Pacifico.

En donde apura Santa Cruz toda la sutileza de su fraseologia, es cuando trata de negar la parte principal y directiva que ha tenido en la conspiracion descubierta, à que se refiere el proceso que solemnemente se le ha seguido como autor de este nefando atentado. No dudamos que si este interesante documento hubiese llegado á su noticia à tiempo que estaba escribiendo el manifiesto, se le hubiera caido la pluma de la mano, y hubiera inclinado su frente hasta el polvo para ocultar su vergüenza y despecho, viéndose enredado en los mismos lazos y alevos asechanzas que tendiera á su ilustre víctima. No hubiera entònces ciertamente tenido la audacia de hacer el desvergonzado reto que dirige al gobierno de la república, confiado en la superior destreza con que hasta aquí habia ocultado la traidora mano que ajitara la tea de la

discordia en estos paises, de que se le presenten las pruebas materiales de sus execrables y tenebrosas maniobras. Habría visto y convencidose que plantificada la conspiracion ya, y en los instantes de estallar en esta capital, con el sangriento sacrificio del vencedor en Ingavi, el sargento de la guardia que debia concurrir à él, habia revelado su existencia. Que por resultado de tan importante revelacion, fueron aprehendidos los inmediatamente complicados en ella. Que al mismo tiempo se descubria en Potosí el mismo plan por la denuncia que hizo el teniente Garcia de cuanto le habia comunicado á este respecto el capitan Isidoro Gamez, uno de los principales agentes de la conspiracion. Que llegó á coincidir con estos demostrativos datos la carta auténtica de Santa Cruz, fecha 4 de noviembre de 1842, escrita en Quito y dirigida á D. Pedro Alvarez Condarco, en que aparece desenvuelta y en la mas clara luz toda la trama. A consecuencia de su positiva manifestacion, se les siguió la causa competente à todos los que aparecian directamente complicados, segun los trámites establecidos por las leyes anteriormente vijentes en la república; y fueron juzgados con arreglo à estas leyes, que prescriben la rapidez de la ejecucion de la sentencia, segun la naturaleza, circunstancias y trascendencia del crimen.

Habiéndose encontrado extensas ramificaciones de él en la Paz, entre los deudos inmediatos y notorios agentes de Santa Cruz, fueron igualmente aprehendidos estos, juzgados y sentenciados, segun el grado de participacion que aparecian haber tenido en el atentado promovido por aquel. Debe notarse, como consta del proceso en su res-

pectivo lugar, que casi todos los enjuiciados fueron *convictos y confesos*; y que todas sus declaraciones y confesiones, como líneas converjentes á un centro único, designan claramente á Santa Cruz por exclusivo autor del plan de asesinato al Presidente de la república y consiguiente trastorno del sistema político que nos rige, sobre cuyas ruinas y en la sangre de los mas respetables ciudadanos debia cimentarse de nuevo su aborrecido señorío.

Fuera de la moral certidumbre que arroja de sí la confesion casi unánime de los reos, incluso los mismos deudos de Santa Cruz, de su participacion directiva a la iniquidad atroz que mandaba ejecutarse desde Quito, hay otras innumerables pruebas, que coinciden perfectamente, se confirman unas á otras y robustecen en el mayor extremo la consonante deposicion de sus cómplices. Tales son, la carta autógrafa de D. Juan Garcia del Rio, público agente de Santa Cruz en Chile, dirigida desde Valparaíso con fecha 24 de octubre de 1842, á D. Fructuoso Peña, jefe inmediato de la conspiracion; carta que ha sido publicada en varias gacetas: los simultáneos y combinados esfuerzos de todos los colaboradores de aquel en el exterior, para aproximarse á las fronteras de Bolivia á un tiempo dado: sus amenazas y notorias revelaciones: la carta igualmente autógrafa de Santa Cruz, dirigida en la misma época al ministro boliviano residente en Lima, el Sr. Pedro Guerra; en la que sin embozo alguno le anuncia haberse ya realizado una revolucion en la república: la venida de aquel al puerto de Tumaco para embarcarse con direccion á la Costa. Datos son estos que

han impulsado el asenso universal en todas partes, sobre que Santa Cruz combinó la funesta catástrofe, que debía cubrir de luto y lágrimas á Bolivia en febrero del presente año; y conmover de nuevo y aun variar tal vez el aspecto político de las vecinas repúblicas; aun ántes que la publicacion del proceso viniera á alumbrar los oscuros y tortuosos senderos de esta intriga infame y detestable.

Pero, lo que pone el sello de la mas completa certibumbre à esta reunion demostrativa de pruebas (habiéndonos evitado la relacion de otras muchas mas, por no fastidiar la atencion de nuestros lectores) es la carta orijinal de Santa Cruz, dirigida desde Quito con fecha 4 de noviembre á D. Pedro Alvarez Condarco, que solemnemente reconocida y confrontada por peritos con otras auténticas de aquel, aparece à fojas 14 del proceso. En ella se ve la mas terminante, perenteria y definitiva prueba de que Santa Cruz fué el autor de la conspiracion sofocada. Que diga ahora, si se atreve aun, "que se le presenten las instrucciones, despachos y otros documentos remitidos por él:" se le presentan ya, y le desafiamos á que los desmienta!

Jirando sobre el supuesto falso y sobre las inexactas noticias que sin duda dió á Santa Cruz alguno de sus mal informados agentes, de que el gobierno boliviano no habia tomado datos tales, cuales han servido de fundamento al proceso; y solo conducídose por indicios vehementes y otras pruebas de congruencia, que son las que ordinariamente arrojan los crímenes de este jénero, cuyos autores tienen muy buen cuidado de disfrazarse y

ponerse á cubierto de las pruebas materiales, es que impávidamente se avanza Santa Cruz à asegurar: “que han sido asesinados ciudadanos benemèritos, condenados à presidio otros, desterradas personas de todas clases y sexos, y confiscádose propiedades, sin otros motivos ni fundamentos que simples delaciones sobre un proyecto no realizado.” Ya á la fecha y à la vista de todas las piezas del proceso, se habrá convencido, si es capaz de convencerse, que pruebas, y pruebas muy concluyentes, fueron las que produjeron la sentencia, no “de siete oficiales convenidos entre sí sobre el modo de matar à algunos ciudadanos,” sino de un consejo de guerra competente, erijido segun las formas prescriptas por las ordenanzas militares que nos rijen, á cuyo juzgamiento corresponden los delitos de esta clase (a): se habrá desengañado que no hubo tales asesinatos en Chuquisaca y ménos en la Quebrada-bonda; y que no llegó el caso de aplicar pena alguna á mujeres, como ni de confiscar bienes de nadie. Habrá sabido que el Jeneral Ballivian,

(a) Artículo 4.º, título 3.º, tratado 2.º de la Ordenanza.

“A la jurisdiccion militar pertenece privativamente el conocimiento de causas de trato de infidencia por espías ó en otra forma; insulto de centinelas ó salvaguardias, y conjuracion contra el comandante militar, oficiales ó tropa en cualquiera modo que se intente ó ejecute; y los reos de otras jurisdicciones comprendidos en cualquiera de estos delitos, serán juzgados y sentenciados por la militar con el castigo que por la ordenanza corresponda”.

combinando sábiamente los intereses de la justicia y vindicta pública, con los de la humanidad y clemencia, salvó dos de los principales conspiradores del cadalso, y disminuyó el rigor de las leyes con respecto á los mas. ¿Habría hecho Santa Cruz otro tanto si se hubiera encontrado en igual caso?—Que nos contesten los respetables ciudadanos que sumió en las mazmorras de Oruro el año de 1838 por que defendieran magnánimamente la independencia y soberanía de su patria! Que salga de la tumba el desgraciado benemérito Jeneral Lopez á presentarnos los rasgos de humanidad y clemencia de Santa Cruz! Que hablen los manes de las nueve jenerosas víctimas que desapiadadamente inmoló en Arequipa á su cruel y sangrienta ambicion, frio y atroz egoismo! Que nos diga la sombra del noble y esforzado coronel Latorre, á que espantosos excesos conduce á Santa Cruz el impulso de su implacable venganza!—No es ciertamente este hombre bárbaro, vengativo y poseido de inexorable encono, quien tendria derecho de reprochar á nadie actos de severidad y justicia, mucho ménos al Jeneral Ballivian en estas circunstancias.

No deja de ser curiosa la acriminacion que hace Santa Cruz al gobierno de la república, por haber puesto en prisiones y estrecha custodia á los complicados en un delito de los mayores que pueden cometerse contra la sociedad, atribuyendo à esta necesaria y útil precaucion el efecto del tormento, en fuerza del que supone haberse arrancado las confesiones de los reos. Pero esta es una torpísima inculpacion, y del principio de que se deduce resultaría que, para salvar la nota de tortura moral, sería

preciso tener á los delincuentes en un *lecho de rosas*. Pruébese que se adoptaron con los conspiradores de febrero otras medidas que aquellas indispensables para que no escaparan á los alcances de la ley, y entonces habrá lugar para esa vana declamacion.

De la misma naturaleza es la extraña suposicion que se hace en el manifiesto de que la sentencia que dictó el consejo de guerra contra los conspiradores, fué fundada únicamente en el decreto del conato, expedido por el mismo Santa Cruz el año de 1829 en circunstancias mucho ménos difíciles, que en las que se encontraba la república en los instantes críticos de descubrirse la conspiracion de febrero. Si la sentencia fué apoyada en este decreto, fué por un efecto de supererogacion, pues su verdadero fundamento emanaba del testo claro, terminante y decisivo del artículo 26, tratado S. °, título 10 de las ordenanzas del ejército, que estaban vijentes en Bolivia, y de todos los artículos expresos del código penal, referentes al atentado que se trataba de castigar.

Muy intempestivamente tambien se aduce en el manifiesto la comparacion de la conducta observada por los reyes de Inglaterra y de Francia con respecto á los que atentaron contra sus personas y vidas, con la que ha tenido el Jeneral Ballivian contra los que atentaban á la suya. La diferencia que hay entre la estabilidad y poder intrínseco de aquellos gobiernos y los de las repúblicas hispano-americanas, es inmensa. Ellos están al abrigo, por los fuertes elementos que los constituyen, de los vaivenes políticos que constantemente hacen desaparecer á estos; y la tentativa aislada de un frené-

tico ò de unos cuantos furiosos, es mas digna de conmi-
 seracion, que de un ejemplar castigo. No era esta la
 situacion del gobierno boliviano cuando se descubrió la
 conspiracion. Hacia poco mas de un año que los mis-
 mos conspiradores, que ahora intentaban asesinar al Jene-
 ral Ballivian, como un medio para dominar la república
 sobre la ruina de sus instituciones y el trastorno comple-
 to de su ser político y social, la habian sumido en un
 abismo de males cuyos tristes vestijios estaban aun recien-
 tes, y costaba laboriosísimas fatigas extinguir. Y cuando
 se curaban con lentitud las heridas que hicieran á la
 patria, ¡què volviesen los mismos hombres cuyo furor se
 esmeró el gobierno en apaciguar, á esgrimir de nuevo
 los puñales con que iban á consumir su destruccion, era
 una cosa verdaderamente insufrible y digna del mas im-
 ponente y ejemplar escarmiento!!!

Era muy conocido Santa Cruz, para presentir con
 seguridad que contestaria con un insolente *mentis* á los
 gravísimos è indeclinables cargos que resultaban contra èl
 en el proceso de la conspiracion; y vemos este anuncio
 cumplido. Al dar este desvergonzado *mentis* intenta de-
 ducir de la prevision que se tenia de que iba á darlo, que
 procedia de la falta de pruebas que fundasen su acusa-
 cion. No señor: el vaticinio de su negativa se orijinaba
 del verdadero concepto que merece Santa Cruz de todas
 las jentes que conocen su inmoralidad, su extremada cor-
 rucion y esa cinica impudencia que jamas le ha permi-
 tido sonrojarse, aunque frecuentemente se le hayan enros-
 trado las acciones mas sucias y viles. Volvemos á repe-
 tir lo que dijimos ántes: que si al escribir su manifies-

to hubiese visto las pruebas que obran en el proceso, y hubiese recibido informes mas verídicos de sus agentes, no hubiera hablado con la impavidez que ostenta, cuando dice: "no presentareis jamas esos comprobantes, porque yo no he remitido documento alguno con relacion á ese proyecto." Ya mencionamos antes la carta autógrafa dirigida por Santa Cruz desde Quito con fecha 4 de Noviembre de 1842 á D. Pedro Alvarez Condarco; y aunque escusamos hacer allí un analisis prolijo de su contenido, por estar inserta en el proceso que ha visto la luz pública por la prensa, lo haremos aquí para instruccion de los que no hubieren leído este importante documento. En ella, despues de algunos seductores preliminares, le dice Santa Cruz lo que sigue: "un jó-
 " ven ilustrado como Utd., de mundo y de carrera, no
 " puede engañarse ni dejar de conocer lo que conviene
 " á Bolivia, al Perú y la causa comun de América, y
 " á todos los extranjeros que sin mí siempre serán mal
 " vistos y despreciados. A fines del mes de febrero
 " próximo se verán realizados los deseos de los buenos
 " patriotas; y como yo no puedo saber en donde se ha-
 " llará Utd. al recibo de esta, ni es prudente decirle
 " mas, me contentaré con prevenirle, que debe Utd. reci-
 " bir toda órden que le diere el jeneral Carrasco, y
 " de la Paz el coronel Peña, quienes están prevenidos
 " de darle á Utd. el mando de un batallon ó de un
 " departamento segun conviniere, debiendo ser Utd. reco-
 " nocido como coronel efectivo de ejército: lo demas
 " queda á mi cuenta. He prevenido que remitan á Utd.
 " esta carta con toda seguridad, y que llegue á sus

" manos pocos días àntes que su conocimiento le sea
 " preciso. Casi al mismo tiempo tendrè el gusto de estar
 " con Utdes. y de dar un abrazo à mis fieles amigos.
 " Valor y firmeza encargo á Utdes. para que sean mas
 " afortunados que el año anterior." Del contesto muy
 claro y evidente de esta carta se infiere que Santa Cruz,
 como medio poderoso de seduccion, ofrecia y conferia
 grados militares y aun civiles y de primera categoria,
 como á Carrasco á quien ya titulaba jeneral, sin duda,
 porque con anticipacion le habia extendido y remitido el
 nombramiento; como à Condarco, á quien le daba el
 grado de coronel efectivo, ó una prefectura de departa-
 mento segun conviniera. Se deduce que las miras de
 Santa Cruz al organizar la conspiracion, eran tambien
 extensivas al Perú y á resucitar la difunta confederacion
 perù-boliviana. Que ofreciendo á sus prosélitos de Boli-
 via darles un abrazo por el mes de febrero, aguardaba
 el éxito de su trama infernal, para volar á ponerse á su
 cabeza; ó segun las circunstancias, volver á enganarlos,
 como lo hizo àntes; aunque en esta vez ya lo vimos siquiera
 llegar pronto al puerto donde debia embarcarse. Ordenando
 á Condarco recibir las órdenes que le impartiese D. Fruc-
 tuoso Peña desde la Paz, à quien tambien tituló coro-
 nel, hacia reconocer á este como delegado de sus facul-
 tades, y es del mismo modo que aparece Peña en el plan
 de la conspiracion. Algo mas se saca en limpio del con-
 tenido de esta preciosa carta: que su digno autor se con-
 fiesa paladinamente el jefe del motin militar de Cocha-
 bamba de 10 de junio de 1841; cosa que nadie ha du-
 dado, pero que el negò siempre, pretendiendo burlar la

credulidad de Sud-América, encubierto con la máscara de la mas torpe hipocresia.

El contenido del importante documento que acabamos de analizar, nos lleva à otro orden de ideas que creemos preciso desarrollar en utilidad jeneral, para que sea mirado su autor en el verdadero punto de vista que corresponde serlo. ¿Qué jénero de investidura se supone tener Santa Cruz en su asilo del Ecuador, para desde allí estar ejerciendo las funciones de supremo gobernante y aun las de la soberanía sobre Bolivia y el Perú? Se persuadirá que porque algun tiempo las desempeñò del modo y por los títulos que son conocidos, ¿se le confirieron derechos inalienables para siempre? ¿Cree que estas dos naciones le trasmitieron su soberanía perpétuamente? ¿Juzga que en el mundo de Colon hay derechos inherentes à la persona, independientes de la eleccion nacional? Debe creerlo así, y reputarse en la misma categoria que los antiguos Estuardos respecto de la Gran Bretaña, y la rama mayor de los Borbones respecto de la Francia revolucionaria y del trono de Luis Felipe, cuando despues del trascurso de algunos años en que el Perú y Bolivia en uso de sus derechos mayestáticos elijiendo nuevos gobernantes, por medio de sus òrganos legales, se han dado nuevas leyes, Santa Cruz no cesa por sus actos de protestar de nulidad de todo esto, y ejerce de hecho las mismas atribuciones desde el Ecuador, que en el tiempo aciago de la confederacion Perú-boliviana.

Si la pretension caduca de aquellas dinastías caídas y proscritas inundò de sangre y desastres la Inglaterra y la Francia à principios y fines del siglo pasado;

otros inconvenientes de mayor trascendencia habrian para los Estados hispano-americanos, si sus gobernantes, que se mudan tan instantáneamente, abrazasen la línea de conducta que ha seguido Santa Cruz, desde que encontró la proteccion del hombre inquieto, que há tantos años pesa sobre el Ecuador. ¿Qué se debe esperar para el porvenir de estas infortunadas rejiones, si sus gobernantes así que dejan el puesto, se convierten en otros tantos enemigos públicos del pais que no pueden seguir gobernando? La confusion mas horrorosa, la mas bárbara anarquía, que las asimilen al estado anómalo y monstruoso de las rejencias berberiscas, que ya varias veces se les ha enrostrado.

Siguiendo Santa Cruz la hiprócrita intencion de atribuir á otras causas los males de que es exclusivo y único autor, como se ha demostrado, vuelve á su antigua manía de presentar su administracion como el dechado de perfeccion de los mejores gobiernos posibles; y aparenta persuadirse que la incesante comparacion que se hace de ella con las que le sucedieron, es la manzana de la discordia que fomenta esa peligrosa fermentacion de intereses y pasiones en la república. — Prescindiendo de lo vana, ridícula y hasta miserable que es esa permanente jactancia de su conducta gubernativa, despues del fallo de reprobacion que recayò sobre ella por la gran mayoría de los hombres pensadores é ilustrados de Sud-América; no podemos dispensarnos de decir algo en la materia, aunque ha sido muy apurada por todos los escritores públicos de Chile, Perú y Bolivia; y admira que Santa Cruz, despues de cuanto se ha dicho y demostrado, lo que bastaría para imponer silencio á la misma impuden-

cia personificada, nos salga todavía con su empalagosa cantinela, desentendiéndose de los inmensos y gravísimos cargos justificados, que aun no ha contestado sino con fútiles y evasivas respuestas.

“Su administracion en Bolivia fué una época de reposo, progresos y garantías....!” Sin duda debió serlo, porque el pueblo boliviano, dócil por caracter, virgen aun del contagio de pasiones desorganizadoras, que apenas habian surcado su superficie, sin dejar rastro de su pasajero estrago, le ofreció cuanto puede ofrecer un pueblo para que sus conductores lo hicieran feliz. Sufrió con admirable paciencia cuanto quiso hacer su gobierno, y puso en la asociacion todo el contingente que puede presentar un pueblo sumiso, obediente y moral. ¡Qué no pudo hacer de él un gobernante animado de la menor chispa de patriotismo! En vez de eso, Santa Cruz, que aun ántes de pisar la república contrajera compromisos atentatorios á su independencia, no tuvo otro pensamiento dominante sino el de conservar en el pueblo boliviano esa actitud pasiva, que le proporcionara mas tarde hacerlo un instrumento fácil y manejable de sus miras traidoras y ambiciosas. ¡He ahí pues el centro en que se reunian todas las líneas del gobierno de Santa Cruz! Todo lo demas era subalterno, y si se atendia, en los cortos intervalos de descanso que le dejaban las intrigas que desde los primeros instantes de su marcha tramó en el Perú, se desatendia, asi que la complicacion de ellas lo distrahia ácia su interes favorito.

De manera que, juzgada la administracion de Santa Cruz con imparcialidad y de la altura correspondiente, debe considerarse como una época de transicion de un estado político á otro, que debia absorverlo y aniquilarlo. “Periodo de progresos....!” Si, de aquellos progresos que no está en la mano de ningun gobierno impedir, y que se producen por el natural desarrollo de las cosas. ¿Y qué otro jènero de progresos hubo? La república disfrutaba de una profunda paz, debida á la moralidad política de sus habitantes: no existian partidos: pudo y debió Santa Cruz sin riesgo alguno entrar en la via de las reformas tan necesarias para la perfeccion de nuestro estado social. ¿Hizo alguna sustancial? Lo ignoramos.

Como toda su política era referente al Perú, blanco constante de sus aspiraciones, y objeto de mil combinaciones é intrigas, que siempre se entretuvieron á expensas del tesoro boliviano; dos veces fuimos amagados de una guerra con aquel pais, en cuyos preparativos se consumieron esterilmente los caudales de la república, sin que sus intereses reales demandasen tan considerables gastos. Llegó al fin la coyuntura favorable, para que desplegara Santa Cruz todos sus planes; y lo vimos lanzarse al Perú con el ejército y todos los recursos de Bolivia, reservados para este caso. ¿Se trataba de la defensa de la patria entónces? ¿Su dignidad ofendida exijia esta agresion?—no: ella era determinada por la ambicion inquieta de su jefe que queria conquistar la soberania de aquel pais, sirviéndole de instrumento pasivo los bolivianos, que ningun interes efectivo y bien entendido tenian en la em-

presa. Todo lo contrario: así que esta terminó, se apercibieron con el mayor asombro y mas viva indignacion, que el premio que reportaran por haber prodigado su sangre y tesoros, era la pérdida de su querida nacionalidad, que debia absorberse en el vasto imperio creado con el sacrificio de los intereses de dos naciones y con el de la paz del continente sud americano, para satisfacer la fastuosa vanidad de un traidor fementido, que tan cruelmente burlara las esperanzas y mas sagrados votos de su patria.

Comenzó desde entónces la sorda lucha entre el dèspota, convertido en tirano por la irritacion que le causó la justa resistencia de Bolivia, y esta república que á toda costa queria defender su soberanía é independencia. Desde esta época funesta, ¿qué ley respetó, qué cosa hubo que no atropellara osadamente? Todo el pais fué sometido al réjimen de hierro de una ley marcial: un soldado extranjero fuè el intérprete de sus voluntades; y habria corrido á torrentes la sangre boliviana en los cadalsos, sino se hubiera sagazmente doblado el cuello al yugo, esperando favorable ocasion para quebrantarlo, como se hizo en el memorable febrero. Esta es la fiel historia de la administracion de Santa Cruz en Bolivia. La de su destierro, es la serie no interrumpida de delitos de un incendiario y célebre malhechor, escrita con caracteres de sangre en varias partes de su patria y del Perú, à cuyos paises no ha cesado un instante de causar todo jénero de males, teniendo despues la desvergüenza insolente de inculparles las mismas desgracias de que es único autor.

Acompañando á Santa Cruz en ese laberinto de frases en que se reproduce constantemente la misma idea bajo distintas formas, lo que para refutarla nos impone la tarea enojosa de repetir lo mismo que ya hemos expuesto ántes, dice que": estaba dispuesto á reconocer el "gobierno, qualquiera que fuese el gobernante que se "estableciera en mi patria por los medios designados "por las leyes, y á concurrir en su apoyo con mis vo- "tos y mis esfuerzos, desde que se presentara concilia- "dor; mas, una política absurda, y la persecucion vio- "lenta, no solo contra las personas designadas como "amigos míos, sino tambien contra los restauradores en "quienes intentò Ballivian apoyarse al principio, no po- "día dejar de promover el disgusto jeneral, etc." Pres- "cindamos, para rectificar los hechos y desvanecer la injusta acriminacion que de su astuta inversion deduce Santa Cruz, de eso de *estaba dispuesto á reconocer al gobierno*, lo que supone que este personaje allá en las ilusiones de su nècia y ridícula vanidad se cree una potencia, sin cuyo poderoso apoyo no puede existir Bolivia; y le dirèmos que si en efecto hubiera estado animado por la primera vez en su vida de las sanas intenciones que tan francamente manifiesta, habia precisamente llegado el caso de que las pusiera en pràctica, desde que empezò à gobernar la repùblica el Jeneral Ballivian; pues, desde entòn- ces todos sus actos llevaron ese carácter de conciliacion que lo ha distinguido siempre y que ahora mismo constituye su política, à pesar de la conspiracion que tuvo que comprimir con el justo escarmiento de unos cuantos asesinos. Para que las frases de Santa Cruz, tejidas con

tanto artificio, fuesen otra cosa que una vana declamacion de sofistas, era necesario que hubieran particularizado los actos del gobierno boliviano, contradictorios á ese sistema de moderacion y prudencia que constantemente abrazò: que hubiesen especificado los rasgos de persecucion á sus amigos y tambien á los restauradores, como pèrfidamente lo insinuan; y sobre todo, que exhibiesen las pruebas con relacion de hechos inequívocos de ese despotismo y tirania quimèricas, que solo existen en la acalorada fantasia de aquel impostor. Este es el modo de persuadir á la razon pública, bien acostumbrada á despreciar aserciones que no van sostenidas con datos competentes. Por el contrario, le probarémos con estos que el Jeneral Ballivian nada otra cosa consultó con mas cuidado que la fusion de todos los partidos, por medio de una conducta imparcial y justa, desde los primeros instantes de su administracion. Acometida la independencia nacional entónces, llamó á los bolivianos de todos los colores politicos al honor de defenderla: despues de la victoria galardonò á todos igualmente, sin asomo de parcialidad á sus opiniones antecedentes. Agreda y Goitia, condenados por la ley á expiar en un cadalso el enorme crimen que cometieran destruyendo á mano armada y sin mision alguna el órden público, fueron sustraídos jenerosamente á este castigo merecido. ¿A què persona de los amigos de Santa Cruz se proscribiò? ¿cuál de ellas tuvo cerradas las puertas de su patria? ¿qué propiedad suya fué atacada?

Fuertemente adherido el gobierno al plan de estricta justicia é imparcialidad que se propusiera entre los

partidos, no se opuso à que tuvieran sus òrganos pùblicos; y solo cuando vió que estos empeñaban una polémica que podia enardecer los ánimos y conflagrar de nuevo pasiones, que era conveniente no despertar, es que influyó indirectamente para que cesáran. Guiado por este mismo nivel de conducta conciliatoria, y persuadido que la contrariaban con manejos que podrian comprometer la tranquilidad de un departamento, hizo extrañar temporariamente del de Cochabamba cuatro personas, que no eran por cierto amigos de Santa Cruz; medida que si alguien podia reprocharla, no era este ni sus prosèlitos, en obsequio de cuya quietud talvez fué arrancada, por efecto de las mismas miras de reconciliacion de los partidos que dirijian la política de la administracion. Y convencida prontamente de haber cesado los motivos que la dictaron, permitió se restituyesen à su vecindario los desterrados, y les volvió à otorgar su confianza y consideraciones. Estas son las persecuciones decantadas que dice Santa Cruz haber hecho el Jeneral Ballivian à los restauradores. La prueba perentoria de lo contrario es, que asi que nos fué conocida evidentemente la existencia de la conspiracion *santacruzista*, que no cesabamos de anunciar, solicitando poner en vijilancia al gobierno sobre las ocultas asechanzas de sus verdaderos enemigos, en cuya buena fé noblemente descansaba, nosotros fuimos los primeros que le ofrecimos nuestro corazon y nuestros brazos; y alentados con el mismo eutusiasmo que nos animó en la aurora de la Restauracion, cuando esforzadamente quebrantamos el yugo que se quisiera imponer à la patria y recobramos su augusta soberania, rodeamos al

Jeneral Ballivian como al lejítimo y verdadero representante de la RESTAURACION, en cuya noble existencia vemos vinculado el mas poderoso apoyo de la causa de los principios civilizadores del siglo y de la libertad; lo sostuvimos entònces y lo sostendremos con el mismo ardor y constancia con que opondremos un muro de bronce al retorno del señorio infame y degradante del tirano y de sus aborrecidos satélites, que algun dia hicieron un vil tráfico de nuestra nacionalidad. Que no crea este malvado podernos alucinar con pérfidas y rastreras insinuaciones: le conocemos perfectamente; penetramos sus arterias, y envano será que sus labios impuros profanen el nombre sagrado de la Restauracion, le contestaremos siempre con el poeta latino "*timeo Danaos et dona ferentes*".

En efecto, Santa Cruz que allá en el Ecuador se cree un *poder moral* que lo asimila al Duque de Burdeos en su asilo, hace mui bien en no reconocer deber alguno respecto del Jefe Supremo de su patria, no por que falten á este los títulos legales, bien superiores á todos los que él pudo tener cuando ejerció el mando; sino porque á fuer de soberano independiente, aunque *destronado*, él está escento de los deberes comunes de los demas hombres. El hace la guerra y la paz de su cuenta y riesgo. Este nuevo Flibustiers confiere los mas altos empleos, ofrece y rehusa su reconocimiento á los gobiernos; en fin, está en plena posesion de todas las prerogativas de la soberanía *por la gracia de Dios....* de donde? Solo él lo sabe.

Nada extraño es, pues, que se juzgue Santa Cruz libre de todos los vínculos y respetos que ligan á los de-

mas hombres que desnudos de carácter público, son miembros privados de cualquiera sociedad. No le creemos tampoco jénero alguno de afeccion ni que la haya tenido alguna vez al Jeneral Ballivian, à quien mirò siempre con celos y suspicacia; porque viéndolo adornado de calidades de que él carecia, temò desde luego encontrar mas tarde un rival que echára por tierra sus insensatos planes de establecer un gobierno hereditario, que pacíficamente pudiera ser trasmitido á su hijo primojénito. Cuando los acontecimientos pusieron en mayor prominencia à este distinguido personaje, se aumentaron naturalmente los tímidos recelos de Santa Cruz, à quien no debió aquel otros miramientos, sino aquellos que eran lejítimamente debidos por el jefe supremo de Bolivia à uno de sus beneméritos servidores. El Jeneral Ballivian creia servir á su patria y no á Santa Cruz, y jamas reputó como rasgos particulares de benevolencia de èste, lo que le debia el gobierno como á sùbdito boliviano.

Habiendo abrazado el Jeneral Ballivian la causa de la Restauracion y promovidola con ardor, la desafeccion de Santa Cruz se convirtió en odio y enemistad declarada; sentimiento que acreció en alto grado cuando vió èste barajados los efectos de la revolucion de junio de 1841, que alguna vez estuvo á punto de restablecer su dominacion en la repùblica, por los acertados esfuerzos de aquel, que tuvieron tan feliz éxito. Desde entónces, el plan de Santa Cruz no fuè dudoso: veia en la persona del Jeneral Ballivian un incontrastable obstáculo á su fortuna, y jurò consagrar [aquella á los dioses infernales como una de tantas víctimas que en el curso

de su vida inquieta inmolará á su feroz ambicion é insaciable venganza. Hé ahí el oríjen de la aleve trama de febrero, tan prolija y hábilmente urdida desde principios del año anterior. Es descubierta: son conocidos todos los hilos de esta satánica maquinacion, de un modo que no lo fueran las innumerables revoluciones fraguadas por Santa Cruz en el Perú, Chile, Provincias del Rio de la Plata, Bolivia y hasta en el mismo Ecuador, cuyo jefe lo abriga ahora y con tanta osadía lo fomenta; sus principales colaboradores y agentes son sus déudos; sobre uno de ellos cae la segur de las leyes; y el déspota que ve trastornados de un golpe sus planes, echadas por tierra sus mas lisonjeras esperanzas y envuelto en su ruina un pariente cercano, otra de tantas víctimas de su frio egoismo, brama de ira y de furor, y cual volcan en lo mas fuerte de su erupcion, vomita dactérios, injurias y calumnias, y pretende en los desordenados trasportes de su cólera brutal asesinar moralmente al mismo que escapò con destreza el pecho á su aleve punal. Pero nada importa decir. Si con calumniosas imputaciones y no con pruebas se pudiera empañar el brillo de las virtudes de los esclarecidos patriotas que dedicaron su útil existencia al servicio de su patria, los malvados obtendrian un fácil triunfo; mas, para honor de la especie humana no es así. Los datos que comprueben el tizne con que se pretende amancillar altas reputaciones, que ordinariamente concitan contra sí los venenosos tiros de la envidia, deben ser tanto mas exquisitos, cuanto mayor sea su elevacion. Pruebe Santa Cruz las pèrfidas invectivas con que se desencadena contra el Jeneral Ballivian; nosotros lo contes-

tarémos y replicarèmos á la vez con numerosos materias que hay al efecto; pero escuse hacer pasar vanas declamaciones por pruebas.

Pretendiendo Santa Cruz anular los gravísimos é indeclinables cargos que resultan contra él en el proceso de la conspiracion, acude en su manifiesto al fútil recurso de probar con especiosas y bien combinadas frases, pero con debilísimas razones, que él, que alcanza perfectamente todos los males que da por inevitable resultado la anarquía, no había de promoverla en la república: que las instrucciones que dió á su lugarteniente el año de 1841, cuando sus satélites proclamaron en ella su gobierno, son una garantía de la moderacion de sus principios, en fuerza de los que no le es permitido mezclarse en hechos que los contraríen: que se hubiera presentado personalmente á dirigir la reaccion por la que supone clamar la voluntad jeneral de su patria; y dice otras mil cosas de este jaez, que se destruyen victoriosamente con la prueba del hecho que se le inculpa. Si en efecto, él armó á los asesinos con el puñal que debía asestarse contra la vida del Jeneral Ballivian, como se manifiesta en el proceso, se le ha convencido de que era capaz de cometer tamaño atentado, puesto que lo cometió. Para hacer una cosa es preciso tener capacidad de hacerla, y si se hizo, hubo capacidad real para ejecutarla; esta es la consecuencia segura que los escolásticos deducen en buena lójica del hecho á la posibilidad. Así es que, incumbe à Santa Cruz echar abajo los fundamentos que apoyan el hecho; sino lo verifica, es vano cualquier otro modo de discurrir. Por lo demas, las instrucciones indicadas á su lugartenien-

te, suponemos que fueron un valor entendido entre ámbos, y otro de tantos rasgos de su acostumbrada hipocresía.

Con el mismo intento de destruir un hecho positivo, como es la parte principal que ha tenido Santa Cruz en la conspiracion, con alegaciones negativas; vuelve á formar un cúmulo de groseras injurias y calumnias contra el Jeneral Ballivian; mas como ahora individualiza algunos hechos para darles mas verisimilitud y fuerza, nos pone en el caso de presentarlos como fueron, y no como falsamente los expone el manifiesto. Dice que éste Jeneral, “ejecutò la revolucion contra Blanco á “ quien asesinò con sus manos y con su propia espada.” Veamos lo que hay de cierto en esto, y sobre què se fundan tan maligno embuste. Es verdad que el Jeneral Ballivian mandaba entònces el batallon que, vivamente impulsado por la opinion de la parte mas sana, ilustrada y patriòta de esta capital y de toda la república, depuso á Blanco del gobierno que tres dias ántes ocupara contra el voto nacional. Quien encabezò la revolucion fué el Jeneral Armaza, de concierto y acuerdo con el Jeneral Velasco y en combinacion con Santa Cruz, aclamado para jefe supremo de Bolivia por los que hicieron el movimiento, y con órdenes de éste para que se verificara. ¡Cómo, pues, acrimina al Jeneral Ballivian un acto á que concurrió como jefe subalterno, habiéndolo él dirigido y aprobado del modo mas solemne y auténtico, y aun con medidas públicas, despues que á su consecuencia se posesionara del mando, cuáles fueron las proscripciones que dictò contra D. Manuel Ruperto Orosco, D. Aniceto

Padilla y el anciano Jeneral Loaiza? ¡Sorprende tanta desvergüenza y maldad!

Por lo que hace á que la muerte de Blanco fué ejecutada personalmente por el Jeneral Ballivian, esta es una de las mas viles supercherias que ha podido fraguar el ánimo depravado de Santa Cruz, y que á él solo se le ha ocurrido ahora, que trata de calumniar á aquel, y zaherirlo por cuantos medios pueda sujerirle su audaz y fecunda impudencia. Todo el mundo sabe que la guardia que custodiaba al desgraciado Blanco fuè la que lo mató precipitadamente, en ejecucion de las órdenes que recibiera para tal ò cual caso, que juzgó habia llegado; y el Jeneral Ballivian opone perentoriamente á la calumnia el *alibi*, por no haber estado en el paraje en que aconteció el suceso.

De igual naturaleza es la imputacion pueril y miserable que le hace el manifesto de haber tenido parte en la revolucion contra el Jeneral Sucre. El último de los bolivianos sabe que cuando se cometió este atentado en esta capital, el Jeneral Ballivian, que entónces era jefe subalterno en el ejército, estaba ausente de ella, y que fué destinado uno de los primeros á venir con fuerza armada à comprimir la rebelion, como vino en efecto al mando de tres compañías, escojido especialmente como uno de los jefes de mas confianza á quien pudiera encomendarse tan delicado encargo. Cuando llegó á esta capital, por mas rapidez y diligencia que hubiese hecho en la marcha, ya habia sido sofocado el motin por el Jeneral Lopez; pero contribuyó eficazmente á extirpar sus últimas ramificaciones. El Jeneral Ballivian fuè

conocido siempre en la república por uno de los mas ardientes amigos y admiradores del Gran Mariscal de Ayacucho; y prueba la mas segura de esto fueron, su conducta militar en la desgraciada campaña del año de 1828, los zelos y enemistad de Blanco y de todos los enemigos y rivales de aquel grande y malogrado americano.

Santa Cruz por el contrario, penetrado de la mayor envidia, y viendo que el glorioso y afamado nombre del vencedor de Ayacucho hiciera resaltar mas la oscuridad del suyo, fué su mas constante detractor y mas alevoso enemigo. Nadie ignora la funesta rivalidad que manifestó ácia él en la campaña del año de 1823, en la que por estos delinquentes zelos, por su cobardía é impericia se sufrió uno de los mayores desastres que hubiese aun experimentado la causa de la revolucion americana. Fué notorio en Bolivia que el año de 1827 promovió Santa Cruz desde Lima una revolucion en la Paz contra el gobierno del Jeneral Sucre, por medio de su agente Anglada: que al mismo objeto se dirigió al Jeneral Ballivian, pero este descubrió la trama, fué aprehendido aquel, se le siguió la causa y se presentó en claro la maniobra incendiaria de Santa Cruz; la conducta noble y firme que tuvo el Jeneral Fernandez al sofocar esta inicua empresa, le mereció el odio y persecuciones de aquel, durante el largo periodo de su mando. No fué esta la única tentativa que hizo Santa Cruz entónces para introducir la anarquía en su patria y destruir la administracion del Jeneral Sucre—En el mismo año promovió el motin del batallon Voltijeros por medio de su madre y hermana, quienes suministraron el dinero para

corromper los sarjentos que lo hicieran; y el Jeneral Ba-
llivian fué uno de los jefes que contribuyó mas eficazmen-
te á comprimirlo. El mismo Santa Cruz hizo escribir
con el Dr. La-Riva en Lima el papel incendiario titula-
do *Sacre*, en que se estampaban los mas viles insultos y
ultrajes contra el héroe, con el fin de conmover los áni-
mos en Bolivia y precipitarlos á una rebelion contra
él. Si en la que se realizò en abril de 1828 no tuvo
una parte directa, porque ya habia dejado el puesto de
Presidente del Perú y estaba en Chile; èl la habia pre-
parado sin embargo, en fuerza de mil intrigas sediciosas
que incesantemente formò, para extraviar la opinion en la
república.

Mas, lo que puso en mayor claridad el odio im-
placable y bárbaro encono de Santa Cruz contra el Je-
neral Sucre, fué un rasgo privativo de aquel malvado,
de que no tenemos noticia se recuerde otro igual en la
historia. Es alevosamente asesinado el vencedor de Aya-
cucho en la montaña de Berruecos, y un grito de dolor
resuena simultáneamente desde el cabo de Hornos has-
ta Panamá. Todos los pueblos de Sud-América visten
luto por el que rompió con su espada el último anillo
de la cadena con que estuviera ligado este hemisferio al ce-
tro aborrecido de Castilla: todos los americanos creen
deber rendir el tierno homenaje de sus lágrimas á la me-
moria de uno de los mas grandes y virtuosos capitanes
del nuevo mundo. Bolivia que habia nacido entre los
laureles de Ayacucho; que debia su creacion politica al
jenio del vencedor que fué su primer jefe y en donde
aun existieran vivos y recientes monumentos de sus excel-

sas virtudes, se sintió vivamente herida al saber la catástrofe de su fundador. Todos los bolivianos conocen la pérdida de un protector, y no hai demostracion de duelo que no quieran hacer para manifestar su eterna gratitud à quien los colmara de beneficios; empero Santa Cruz opone un duro y cruel *veto* á esta explosion del sentimiento público; y mientras que en las repúblicas hermanas, en donde no fuera conocido Sucre sino por su nombre inmortal, se le hacian pomposas exequias, en Bolivia un mal americano, un soldado recientemente salido de las filas de los españoles, que por intrigas se habia elevado à un rango distinguido entre los hijos de la revolucion, aunque conservára las odiosas tradiciones que habia mamado entre aquellos; tenia la osadía de querer privar à tan ilustre memoria de los honrosos testimonios de nuestros perpetuos recuerdos. No se le hicieron exequias ni otra demostracion del duelo nacional cuando era tiempo, ni se le habrian hecho despues, si el congreso boliviano no hubiera decretado los honores fúnebres correspondientes, contra la opinion y esfuerzos de Santa Cruz. Asi este hombre execrable llevaba sus mezuquinas y negras venganzas mas allá de la tumba, y desahogaba en las yertas cenizas de su ilustre rival la asquerosa hiel de su odio!

No fué este el único rasgo de este jènero que caracteriza el cruel é inexorable egoismo de Santa Cruz. El venerable Jeneral Arenales habia terminado su larga y gloriosa carrera en las fronteras de Bolivia, y encontrado una humilde tumba en el pueblo de Moraya. Este distinguido campeon de la independenciamericana, tan

espléndidamente conocido en varios campos de batalla, muy particularmente en los de la Florida y Pasco, en que hizo prisionero al teniente coronel español Andres Santa Cruz, no recibió la menor muestra del respeto y aprecio que debia tributársele en cualquiera parte de la América española, á la que prestára tantos y tan útiles servicios. Léjos de eso: Santa Cruz poseido de los mismos sentimientos de venganza y odio que lo animaron contra la memoria del Jeneral Sucre, no solo se opuso á que los papeles públicos le dedicáran la menor expresion de recuerdo á sus virtudes, sino que hizo viajar á propósito al Jeneral Velasco, entónces Vice-Presidente de la República, hasta Moraya, con el ruin objeto de que hiciera extraer los restos de Arenales de dentro de la Iglesia, donde le habian falsamente informado que se depositáran, para que fueran arrojados de allí. El hombre que se mira animado de tan cruel saña contra las frias cenizas de su semejante, pasa por un monstruo en el órden moral; pero el supremo magistrado de una nacion que se olvida tanto de su dignidad, hasta ejercer un acto público igual contra las reliquias inanimadas de un héroe á quien esta debe testimonios de gratitud, es en el órden político una entidad anómala que no se puede definir!

Otro de los cargos que hace Santa Cruz al Jeneral Ballivian es, "que lo traicionò el año de 1839 sublevando las tropas que puso á sus órdenes, siendo él su jefe y su padrino: que envenenó en su mesa al Dr. D. Mariano Enrique Calvo; y que ha hecho arrancar á su querida hermana y otras señoras de sus hogares, condenándolas á la expatriacion." Tanto se ha di-

cho, y se ha demostrado tanto la justicia de los motivos que determinaron el movimiento nacional del nueve de febrero de 1839, que nada de nuevo podemos aducir en una materia tan agotada; y solo indicaremos ligeramente que, habiendo Santa Cruz osadamente quebrantado todos los juramentos que repetidas veces hizo de conservar la independendencia y soberanía de la república, pues que la redujo al humilde estado de departamento de otra nacion, se rompieron de hecho y de derecho todos los vínculos de la obediencia que le debian los bolivianos como á majistrado supremo de su patria, y no miraron en él sino al usurpador contra quien los armaba el sentimiento del mas puro patriotismo. El Jeneral Ballivian tuvo la especial obligacion de ser uno de los primeros que destruyera el poder antinacional que se habia levantado, y lo cumplió. ¿Era Jeneral de Santa Cruz, ò de Bolivia? Eso del *padrinazgo* es miserable é indigno de contestarse. Igual cosa puede decirse del supuesto destierro de su hermana y de las otras señoras: esta es una de tantas patrañas que sirven de testo á las vacias declamaciones del libelo. Todas aquellas existen muy quietas y pacíficas en sus casas; y á nadie se le ocurrió, mucho ménos al Jeneral Ballivian, molestarlas y perseguirlas.

Nada descubre tanto el prurito necio y pueril de aglomerar inculpaciones, que se advierte en el manifiesto de Santa Cruz, sean de la naturaleza que fuesen, tengan ò no el menor viso de fundamento, como la original imputacion de haber hecho el Jeneral Ballivian envenenar en su mesa al Sr. Calvo. A persona alguna de Bolivia ni de otra parte le vino à las mientes tan

curioso y sendo desatino, como el que ha abortado el cerebro fecundo en mentiras, embustes y tramoyas de Santa Cruz. El Dr. Calvo falleció de muerte natural, y muy natural; pues cayò enfermo de un mal perfectamente conocido en nuestro clima; fué asistido desde el principio de su dolencia por su pariente el mèdico Dr. Galdos, quien lo acompañò hasta los ùltimos instantes de su vida. Que diga este facultativo y todo el pueblo de Cochabamba lo que tiene de cierto la despreciable conseja del envenenamiento, que es de igual verisimilitud á la del despotismo que pesa sobre la repùblica; á la de los asesinatos de la Quebrada-honda; á la de la confiscacion de los bienes de Villamil; á la de las numerosas proscriciones que padecen casi todas las familias del pais; á la vil mentira de haber Santa Cruz hecho ascender al Jeneral Ballivian desde la clase subalterna de capitan en el ejèrcito, cuando este era coronel efectivo al tomar aquel el mando; y en fin, á esa serie de insignes y groseras imposturas que forman todo el contenido del manifiesto de Santa Cruz.

Aparece tan bien informado éste de lo que sucedia en Bolivia, cuando dice que el justo escarmiento de los asesinos de febrero se ejecutaba en los momentos de la eleccion de diputados para la convencion nacional, como de otras muchas cosas, que existiendo únicamente en su acalorada imaginacion, las da por reales y efectivas. La eleccion de representantes se habia terminado tiempo ántes que se descubriera la conspiracion, y cuando el gobierno estaba muy distante ni de sospechar su existencia. Este grave incidente pudo haber retardado la reunion del

congreso; pero, como la masa de la nacion no participara en manera alguna del crimen de los conspiradores y lo mirara con horror, no hubo motivo para que se postergase. En la convencion aparecieron en no pequeño número diputados cuyos antecedentes politicos los podrian hacer justamente sospechosos al gobierno; sin embargo, ocuparon su puesto con plena seguridad; pudieron deliberar libremente y gozaron en toda su amplitud de las prerrogativas que les competian. Dígase algo en contrario, pero con fundamento, y contestarémos.

Que Santa Cruz y sus pocos cómplices prófugos debiesen ser juzgados en Bolivia y por sus leyes, como lo han sido, es un principio muy óbvio é inconcuso en todo derecho. La sociedad ofendida es la que demanda satisfaccion, la que requiere el escarmiento en los transgresores de sus leyes, y á la que se dirijen los objetos de la lejislacion criminal. El reo en todo caso debe ser juzgado y castigado en el pais contra el que delinque, y con arreglo á las leyes que quebranta. Poco importa que Santa Cruz haya estado á mil leguas de distancia del teatro de los horrores y maldades á que indujo á sus parientes, amigos y á otros miserables, cuando los delitos se cometian en la república, y eran infringidas las leyes bolivianas. A no ser que, creyéndose aquél en un predicamento superior al de los demas hombres, y en posesion de otros derechos que los comunes, se persuada poder cometer todo jènero de atentados en todas partes, impunemente. Esto es cuanto por ahora podemos contestar á la declinatoria de jurisdiccion que hace; no así al contenido del periodo en que dice: "si yo me presentara, estóy

“ cierto que no me permitiría pisar el suelo querido de
“ mi patria, sin que se conmoviese de terror su alevoso
“ corazón.” Siempre ha sido conocido Santa Cruz por
un *cobarde* en cuantas partes se oyò pronunciar su nombre; pero se le tenia en cuenta esa especie de modestia con que habia sabido ocultar diestramente la falta de valor, una de las peores calidades que puedan atribuirse á un soldado; mas, *cobarde y fanfarron*, es una mezcla de defectos la mas propia para formar el cómico personaje, que es de ordinario el asunto de las mas burlescas farsas con que se divierte la plebe italiana. Santa Cruz, el comandante de un escuadron de caballería española, que presenciò en el valle de Cinti la muerte del subdelegado Rosas, hecha por unos cuantos indios inermes, sin atreverse á auxiliar á este desgraciado con las fuerzas de su mando; el cobarde prisionero de Tarija, que fué arrollado y batido por una fuerza inferior á la suya en dos tercios; el que fué derrotado por los indios desarmados de Pilima; el que á la primera carga fué desvaratado en Pasco, y huyendo ignominiosamente rindiò ciento y tantos hombres á diez y ocho que le daban alcance; el que perdió seis mil soldados sin aventurar la batalla; el que no fué conceptuado por el Jeneral Bolivar digno de otro puesto en la campaña, que el de administrador de los hospitales del ejèrcito; el que apènas fué testigo de vista del combate de Yanacocha; el que volviò la espalda al enemigo en Socabaya; el que, por fin, desertó sus filas en Yungay, mientras se batian valerosamente sus compañeros de armas.... es quien haria conmovier de terror al Jeneral Ballivian, al magnánimo

vencedor en Ingavi!!!—*¡Risum teneatis!*

Por el esmero y atencion con que rebate Santa Cruz el cargo infamante que hà muchos tiempos se le formò, y que nuevamente se ha reproducido, de haber traicionado la jenerosa confianza del Jeneral Bolivar, se conoce que se le hirió en la parte mas vulnerable de su historia, tan abundante en excesos, crímenes y perfidias; y por eso corroborarè mos de nuevo aquella nota y volverèmos sobre el asunto, tantas veces, como fuese preciso. ¡Es verdad que Santa Cruz apareciò capitaneando la revolucion que hicieron en Lima las tropas colombianas en enero de 1827? Si tal sucediò, como no lo puede negar, pues continuò en el mando despues de este acontecimiento,—ó siguiò continuando las mismas relaciones que mantenía con el Libertador,—ò las cortò; si lo primero, traicionò á los revolucionarios; si lo segundo, traicionò à este. Lo mas cierto es, que intentaria traicionar á los dos, como lo hizo anteceden- temente, cuando en clase de lugarteniente de aquel, man- tuvo intelijencias secretas con los que meditaban el plan de revolucion, lo que le facilitò la coyuntura de vender- los asu vez, como lo verificó con el Doctor Iguain. El edecan Fernandini, que servia á Santa Cruz en aquellas circunstancias, á quien este mandò matar en Arequipa al- gunos años despues en venganza de su indiscrecion, y la de su consejero privado Don Manuel Lorenzo Vidaurre, pusieron en la debida transparencia la duplicidad de su manejo. El Jeneral Bolivar pareciò perfectamente pene- trado de esta verdad, cuando despues del suceso, pidiò á Santa Cruz las tropas colombianas; y es mas que pro- bable que, dotado como lo era de la mayor perspicacia,

haya conservado tan fundada creencia hasta su muerte. En lo respectivo al Jeneral Sucre, á quien Santa Cruz con su habitual hipocresía y descaro apellida *amigo y compañero de armas*, ya hemos dicho lo bastante para manifestar hasta que grado supo apreciar su amistad y su memoria.

No omitirèmos ahora refutar particularmente el maligno contenido de las frases siguientes del manifiesto: “si
 ” el pertenecerme como déudos y amigos algunos de ellos
 ” (los conspiradores) puede admitirse como indicio de
 ” culpa, casi no se encontraria en Bolivia una persona
 ” exenta de sospechas, porque con excepcion de la familia
 ” de Ballivian, que està ahora imperando, son muy raras
 ” las que no tengan que lamentar por la muerte ò es-
 ” patriacion de algunos de sus miembros, ora sean res-
 ” tauradores, ora protectorales. Igualmente desgraciados
 ” se encuentran los Velascos y Aguirres, los Linares y
 ” Antesanás”. Al considerar esta serie de ruines super-
 cherias, nos juzgamos trasportados á otra rejion muy dis-
 tante de Bolivia, que será en donde todos sus habitantes
 ofrezcan al observador imparcial el sombrío cuadro que
 traza el manifiesto de Santa Cruz; mas en nuestra pa-
 tria ¿qué cosa no digamos semejante, pero que ni pre-
 sente la mas remota analogía con él, se experimenta?
 ¿Quiénes son esas numerosas víctimas que han poblado los
 cadalsos, que se representan á la imajinacion azorada
 de Santa Cruz? ¿Cuáles las innumerables familias cuyo
 luto entretiene la tristeza pública?: muéstrenos el abul-
 tado catálogo de los proscritos bolivianos que mendigan
 el hogar extranjero! Al leer todo esto con asombro, no

se sabe que admirar mas, si la impudencia de su descarado autor, ó el alto desprecio que hace de la credulidad de sus lectores!

Siete asesinos á quienes se sorprendiera, digamos así, con el puñal parricida en las manos, son los que expiaron con su impura sangre su horrible delito. Algunos cuantos cómplices que, ò fugaron de la vindicta de las leyes, ò debieron su vida á la jenerosidad del mismo que intentaràn inmolarse alevemente, son los únicos bolivianos que salieron de la patria por esta causa ¿Qué otros hay? Cuéntelos Santa Cruz, é incluya en esta lista el número de sus partidarios existentes en Bolivia; verá, que no la familia sola del Jeneral Ballivian, sino las diez y nueve y tres cuartas vijésimas partes de los habitantes de la república, no solo no tienen simpatia alguna con el tirano cobarde y despreciable asilado en el Ecuador, sino que lo miran con la abominacion de que lo han hecho digno sus enormes delitos y maldades. Renuncie al insensato propósito de querer alucinar á los que no conocen nuestra situacion actual: esta y los notorios progresos morales y materiales del pais, son la mas demostrativa contestacion á sus calumniosas imposturas. Yendo la noble politica del gobierno aun mas allá de las esperanzas de los refractarios, y aun de los deseos de la mas benévola filantropía, poco há que llamó al seno de la patria à los pocos ciudadanos que existian fuera de ella. ¿Es este el carácter de un gobierno perseguidor y tiránico como lo presenta Santa Cruz? ¿Esta es la mas práctica y elocuente refutacion de sus furibundas y mentirosas diatribas!

Hemos diferido de propósito contestar hasta ahora á otro cargo que repetidas veces dirije el manifiesto al Jeneral Ballivian, por que nos era ruboroso hacerlo descender de la esfera elevada que ocupa en el concepto de la inmensa mayoria de sus compatriotas y del continente sudamericano por sus recientes y altos hechos en guerra y en política, á la vil arena á que lo provocaba su calumniante è infame detractor. Tal es el que le atribuye el deseo de apropiarse *la hermosa casa de Villamil*, y la medalla de brillantes que legò el Jeneral BOLIVAR al congreso boliviano, que Santa Cruz hizo que fraudulèntamente se le adjudicara, y que aquel cuerpo soberano reivindicò, destinándola al Presidente de la república. No pudiera ciertamente nadie figurarse que el hombre que mirò la suprema majistratura de Bolivia, ménos como un elevado puesto de honor, que como un medio fácil de labrar una escandalosa opulencia por todos los resortes que aquel le proporcionara, aun los mas bajos y sórdidos, como se le ha probado con documentos incontestables, tuviera la osadia de inculpar á otros sus mismos manejos; y mucho ménos al Jeneral Ballivian; pero lo vemos así con asombro, mezclado con la mas viva irritacion. Apropiarse la casa de Villamil...! Le contestarèmos perentoriamente haciéndole saber que, la mayoria de la convencion nacional, penetrada de los inmortales servicios que con tanto esplendor acababa de rendir aquel Jeneral á su patria agradecida, quiso por un rasgo de pública munificencia, galardonarlos con la dádiva de cien mil pesos y las haciendas de Chincha y Anquioma, de la propiedad del Estado. Sabedor el Je-

neral Ballivian de lo que se trataba, en el acto interpuso las mas encarecidas recomendaciones cerca de los diputados, para que se excluyese este asunto de su deliberacion y no volviera á mencionarse mas. Se han publicado por la prensa los documentos en que está consignada la noble renuncia que hizo de la medalla de brillantes y de la espada que decretó en su obsequio la misma convencion; la singular modestia y honrosa porfia con que á pesar de la solicitud directa de los pueblos, rehusó el título de Capitan Jeneral de los ejércitos de la república, que ningun boliviano mereció mas bien que él. Y se puede decir que un hombre que no aspira á otra cosa que á la gloria; que ha dado tan relevantes pruebas, asi en su conducta pública como en la privada, del mas perfecto desinterés ¿quisiése apropiarse la casa de Villamil? Esta imputacion solo era digna del alma metalizada, ruin y vil de Santa Cruz; del que atesoró la gran fortuna que posee, engrosándola con los despojos del caudal público, con la estafa y socalinas á sus amigos, con especulaciones concusionarias, y por las vias mas rastreras y degradantes, no solo al supremo majistrado de una nacion, sino almas comun caballero.

Aceptamos con placer la declaracion con que termina Santa Cruz su manifiesto, de que obtemperará á lo que sancionáre la convencion nacional; no porque aquella interese en lo mas mínimo á la república, que ha levantado ya un muro de bronce contra el hijo bastardo que la deshonoró con el enorme cúmulo de sus excesos y atentados; sino, porque esta solemne declaracion, prontamente contrariada por su conducta, nos ofre-

será muy luego un comprobante mas de lo que valen las abdicaciones, promesas, declaraciones y manifiestos de Santa Cruz.

Cien mil Restauradores.

